

proyección terrena hacia un futuro horizontal (el autor menciona a Teilhard en este sentido).

Resulta superfluo mostrar particularizadamente la oposición de Kannengiesser a la verdad católica. Por su referencia directa al tema de la Resurrección, cabe destacar la proposición n. 36, condenada en el Decreto *Lamentabili*, y que dice así: "La Resurrección del Salvador no es propiamente un hecho de orden histórico, sino un hecho de orden meramente sobrenatural, ni demostrado ni demostrable, que la conciencia cristiana derivó paulatinamente de otros hechos" (Dz. 2036).

En conclusión, se trata de un libro que contiene —como queda patente en esta recensión— muy graves errores, en el marco y estilo general de la "teología neomodernista".

Carlos CARDONA

Juan GONZÁLEZ ARINTERO, O. P., *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia. I: Evolución orgánica*, Fundación Universitaria Española, Seminario Suárez, Madrid 1973, XXXVII + 550 pp.

Bajo la dirección del P. Arturo Alonso Lobo, Profesor de la Universidad Pontificia de Salamanca, la "Fundación Universitaria" de Madrid ha comenzado la reedición de la monumental obra del P. Arintero (1860-1928): *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*, dividida en cuatro volúmenes: I. *Introducción y Evolución orgánica* (1911); II. *Evolución doctrinal* (1911); III. *La Evolución Mística* (1908); IV. *Mecanismo divino de los factores de la evolución eclesiástica* (1908).

González Arintero, cuyo proceso de beatificación está en adelantado estudio, nació en la provincia de León y murió en el Convento de San Esteban, el 20 de febrero de 1928. Se licenció en Ciencias (Naturales) en Salamanca, fue profesor de *Apologética* y de *Eclesiología* en Salamanca y explicó en el "Angelicum" de Roma en el curso 1909-1910, de cuya estancia en la Ciudad Eterna —breve a causa de malos entendidos— data su influencia sobre Garrigou-Lagrange, quien —al parecer— decidió cambiar su línea de investigación, movido por el asesoramiento de Arintero. Colaboró asiduamente en "La Ciencia Tomista" y fundó la revista "La Vida Sobrenatural".

Su formación científico-naturalista de primera hora, unida al ambiente extremadamente enrarecido de las polémicas

modernistas de finales de siglo, encauzaron su interés por los temas de la "evolución", a los que consagró sus mejores esfuerzos. Pero al mismo tiempo, algunas audacias terminológicas y, sobre todo, temáticas despertaron abundantes recelos con relación a sus escritos —como relatan sus biógrafos, los dominicos Sabino Lozano, Suárez, y García Llamera—, hasta el punto de que hubo algunas prohibiciones locales sobre sus libros en los años de la Gran Guerra y una acre polémica en torno a su doctrina mística sobre el tema de la "contemplación adquirida". También su metodología, consistente en salir al encuentro del contrario interlocutor para interpelarle en su propio terreno, como en el caso de Renan, Harnack, Blondel y Loisy, provocó más de una suspicacia. No faltaron entonces los amigos y defensores, entre los cuales su discípulo Garrigou-Lagrange, ni después de su muerte (Aldama y Alvaro Huerga), que contribuyeron a disipar infundados temores y a apaciguar los ánimos exaltados, mientras Arintero sufría las contrariedades con gran humildad y serenidad de ánimo.

1. *La "evolución"*.— Cuenta uno de sus biógrafos: "Se acercó el P. Arintero —ingenuamente ilusionado— ante el mismo Pontífice (S. Pío X: 1909) para ofrecerle su obra *La Evolución Mística* — encuadrada en piel blanca y con el escudo papal—. El Papa, que había tenido que actuar rigurosamente contra los excesos evolucionistas involucrados en la corriente *modernista* se extrañó de aquel título y preguntó: —¿De qué evolución se trata? El P. Arintero, nervioso y al mismo tiempo inspirado, justificó aquel título y la doctrina arropada bajo el mismo con una abundante serie de textos de la Sagrada Escritura —que brotaron espontáneamente y en latín de sus labios— en los que se usa por el autor sagrado la palabra *evolución* como sinónimo de *crecimiento en la caridad, aumento de gracia, transfiguración en Cristo*, etc. Entonces Pío X manifestó su complacencia".

Según Arintero, *evoluciona* propiamente lo que, conservando el mismo fondo, la misma naturaleza esencial, va desarrollando y manifestando por grados todo lo que implica y virtualmente contenía. Por el contrario, se *transforma* lo que cambia de naturaleza, dejando, por lo tanto, de ser lo que era y pasando a ser otra cosa. Por ello, comenta, los modernistas como Loisy no hablaron de una evolución propia-

mente dicha sino de transformación, o cambio sustancial. "La evolución no consiste en reemplazar lo propio por lo extraño, ni en cambiar de naturaleza, dejando de ser lo que era y pasando a ser otra cosa; sino en desplegar toda la propia virtualidad, en manifestar lo que permanecía oculto en el germen o en el embrión, en actualizar lo que allí estaba potencialmente, en desarrollar o explicar lo que se contenía implícito, en aclarar y distinguir lo que estaba oscuro o confuso... Así es como se compagina la continua y progresiva evolución con la permanencia del mismo ser, de la misma vida y del mismo pensamiento" (p. 72).

2. *La "contemplación adquirida"*.—Arintero estudió ampliamente el tema de la contemplación en el volumen III de la obra que reseñamos (1908), volumen que, por su éxito y sucesivas ediciones, se ha publicado por separado. Años más tarde sistematizó su pensamiento en un libro titulado *Cuestiones Místicas* (1916), que también ha alcanzado amplia difusión. En la segunda cuestión (diez en total, divididas en varios artículos) sienta los principios fundamentales de su doctrina, revolucionarios en aquella época, cuando se habían olvidado las sabias enseñanzas de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Francisco de Sales: "La divina contemplación no es gracia *gratis data*, sino don exclusivo de los justos, ordenado a la propia santificación, prometido a la fidelidad y perseverancia y ordinario y común a las almas perfectas" (art. 2); "Todos podrían, si de veras lo procurasen, conseguir este inapreciable don" (art. 3). Pero es en el artículo 3 de la sexta cuestión donde expresa exactamente el fondo de la "nueva" y revolucionaria perspectiva científica: "lo que en realidad —dice— constituye el *estado místico* es el predominio de los dones del Espíritu Santo (y sus consecuencias, los frutos ya maduros y sazonados del mismo y las bienaventuranzas) sobre la simple fe viva y ordinaria, con las correspondientes obras de esperanza y caridad; mientras que el de éstas sobre aquéllos caracteriza el estado ascético".

Hasta aquí, pues, una breve presentación de las dos ideas centrales que presidieron temáticamente el quehacer literario de Arintero: la evolución y la contemplación infusa. Y, a pesar de lo sucinto de nuestra exposición, nos parece haber señalado algunas de las razones del porqué de las críticas que tuvo que sufrir el sabio dominico, y cuán infundadas

fueron esas sospechas de heterodoxia. Pero volvamos a la obra que nos ocupa.

El volumen primero de *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia* consta, en la presente edición, de: una presentación del editor, el P. Alonso Lobo; el prólogo del Autor (unas cuarenta páginas); una introducción (cien páginas); y el libro primero de la obra, titulado *Evolución orgánica* (unas trescientas páginas distribuidas en cinco capítulos).

La tesis central se lee al comienzo de la *Introducción*: "La Iglesia no es, pues, un todo inerte; es un organismo que vive y, por tanto, evoluciona; que crece, se desarrolla, se asimila el debido alimento, se adapta, y adapta a sí las diversas condiciones de vida para vivir sano y robusto y cada vez más vigoroso" (p. 48). Siguen después largos párrafos de protesta de ortodoxia, en los que delimita cuidadosamente el concepto de verdadera evolución frente a los excesos de los modernistas y católicos liberales, y también frente a los inmovilistas a ultranza; lo que el Autor denomina las "dos antinomias fundamentales": una Iglesia *petrificada* y una Iglesia *transformada*.

Los cinco capítulos de este primer libro estudian, en primer lugar "la naturaleza y finalidad de la Iglesia" (cap. 1); y después, los cuatro modos posibles de evolución: constitucional (cap. 2), disciplinar (cap. 3), disciplinar sacramental (cap. 4) y ritual (cap. 5).

El capítulo primero constituye una amplia eclesiología (pp. 149-311), de corte muy moderno para el tiempo en que se escribió, en la que se pasa revista —supuesta la imposibilidad de definir la Iglesia, pues es "como una encarnación o síntesis de todo el orden sobrenatural"— a todos y cada uno de los símbolos y figuras mediante los cuales podremos formarnos de ella un concepto cada vez más amplio y exacto, o menos imperfecto, aunque siempre por necesidad muy distante de la inagotable realidad: símbolos arquitectónico, sociológico, sacramental (la Iglesia es el *sacramento grande*, un "supersacramento"), agrícola y orgánico-antropológico. Concluye con un largo epígrafe titulado: "María, tipo real y corazón del cuerpo místico".

En el segundo capítulo estudia la constitución progresiva de la Iglesia: al crecer aparecen nuevos órganos y nuevas energías, que no son propiamente *innovaciones*, sino *manifestaciones* de la virtualidad contenida en el germen funda-

cional. Así, desde el primer momento en que la Iglesia se reducía al Colegio apostólico, van surgiendo —al compás de la expansión— los diáconos, nuevos obispos y sacerdotes, las instituciones monásticas y religiosas, los dicasterios romanos, etc. De este modo fue introducida espontáneamente, sin violencia, esa Jerarquía, instituida por ordenación divina, que consta de obispos, presbíteros y ministros (o diáconos), y fluyó de la misma esencia y constitución del cristianismo, el nuevo, estable y definitivo régimen del *episcopado monárquico* (p. 336). También trata el Autor del origen de los metropolitanos, párrocos, abades, colegio de cardenales, etc. Al referirse a la infalibilidad y supremacía pontificias, señala que tal *hecho vital* es una realidad constante y normal desde el principio, desde San Pedro, en todos sus sucesores: los cuales, sin protestas de nadie, con su propia autoridad corregían los desórdenes de cualquier iglesia local, aunque fuera apostólica (p. 348).

La evolución disciplinar es el tema del capítulo tercero. "Nadie ignora, comenta Arintero, que la disciplina —como toda la legislación eclesiástica— vino modificándose, completándose y perfeccionándose en la serie de tiempos, y que es hoy muy distinta y mucho más compleja —a la vez que más uniforme— de lo que fue en un principio. Conservando siempre firmes *los inmutables preceptos naturales y evangélicos*, la Iglesia procuró explicarlos, desarrollarlos, adaptarlos, completarlos o aplicarlos —suavizados en lo posible— según las variadas exigencias de los tiempos y lugares" (p. 432).

Al estudiar la evolución de la disciplina sacramentaria (cap. IV), el Autor se centró exclusivamente en el sacramento de la Penitencia, y estudia con mucho detalle la evolución (y también los abusos) habidos en la administración de ese sacramento, en cada una de las tres condiciones requeridas para recibirlo: confesión o acusación, satisfacción y absolución. Historia la desaparición progresiva de la *exomologesis* o declaración pública de culpabilidad que hacía el penitente ante la comunidad cristiana, incluso después de confesar *secretamente* sus pecados; la abolición de penitencias o satisfacciones públicas; la introducción del sigilo sacramental; la reiteración del sacramento; la cuestión histórica de la llamada "confesión" al laico; etc. Pasa luego breve revista a la evolución sufrida en la administración de los otros sacramentos, sentando antes un principio válido y clarificador: "Jesucristo instituyó inmediatamente todos los sacramentos, pero

no los entregó a la Iglesia todos plenamente consituídos" (p. 507).

Termina el libro con un estudio de la evolución ritual (cap. V), capítulo en el que —después de justificar la importancia y necesidad de los ritos sensibles, supuesta la composición espíritu-material del hombre—, considera el origen de cada uno de los gestos litúrgicos y de las ceremonias y símbolos más importantes.

La lectura de este volumen del P. Arinterro no puede menos de despertar la admiración del estudioso de las Ciencias Sagradas, no sólo por su erudición extraordinaria y la fidelidad al Magisterio de la Iglesia (el Autor tiene a la vista muy especialmente el Decreto *Lamentabili* de San Pío X), sino también por la belleza de su prosa castellana —de largos períodos—, el espíritu sobrenatural que preside los desarrollos teológicos, el manejo de la Sagrada Escritura y de la tradición patristica, y el conocimiento de las obras de escritores apartados de la ortodoxia. El editor de la presente edición, no obstante, consciente del estilo quizá algo farragoso de algunos de los epígrafes, ha considerado oportuno —lo que es muy de agradecer— trasladar a pie de página bastantes referencias de autores de menor relieve, que en el texto original figuraban en el texto: de esta forma, la lectura resulta aligerada. La presente publicación constituye, sin duda alguna, un acontecimiento importante para las letras teológicas de habla castellana.

J. I. SARANYANA

Juan GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, *Teología de la Liberación. Evaporación de la Teología. (La obra de Gustavo Gutiérrez vista desde ella misma)*, México, Ed. Jus., 1975, 146 pp.

Se trata de una crítica acertada a la obra de Gustavo Gutiérrez *Teología de la liberación*, editada en Salamanca en 1972. La crítica recae fundamentalmente sobre el concepto que de la teología y sus funciones mantiene G. Gutiérrez en la obra mencionada.

El A. analiza esta obra en sí misma, dedicándose a señalar las contradicciones internas, sin profundizar en la consideración de los principios que le sirven de base, ni en los